

EL HOMBRE COMO DEMIURGO EN EL PENSAMIENTO DE FRANCIS BACON

Silvia Manzo

El ambicioso proyecto filosófico de Francis Bacon (1561-1626) principalmente orientado a la obtención de obras provechosas para la humanidad, acarrea una redefinición del hombre donde se exalta su capacidad operativa respecto de la naturaleza. Mi propósito es destacar los aspectos de esa nueva definición baconiana que identifican a la naturaleza humana con la divina, generando por ello indirectamente una marcada secularización de su modelo de ciencia.

Bacon adjudica a Dios dos capacidades prerrogativas sobre la naturaleza en virtud de su omnipotencia, a saber: la creación a partir de la nada y la aceleración de los procesos naturales ejecutados en un solo instante¹.

En la configuración de su modelo de científico aplica esta doble prerrogativa divina y define al hombre como *alter deus*. Así, el Ministro de la Naturaleza adquiere capacidades semejantes a su antecesor divino de manera que es también capaz de obtener efectos semejantes. De ahí, surge el dogma baconiano según el cual la única diferencia entre los efectos de la acción de la naturaleza y los efectos de la acción del hombre reside en la causa eficiente.

Bacon sostiene que el fruto del poder del hombre puede ser considerado como una nueva creación, aunque no *ex nihilo* sino *ex natura* "los inventos son casi nuevas creaciones e imitación de las obras divinas"². El hombre ejecutor de la *Instauratio Magna* se convierte en un demiurgo, que crea nuevas cosas en el sentido de que inventa o descubre lo que está oculto en la naturaleza y alcanza parte del conocimiento poseído por Dios desde la eternidad³. Según Bacon, la época que le tocó vivir es el momento histórico adecuado para la nueva creación y su programa procura capacitar a los hombres para efectuarla. En el paralelo hombre/Dios se configura una noción particular de lo "nuevo", en la que está presente la característica dualidad baconiana de ruptura y continuidad con el pasado, en este caso el lejano pasado edénico durante el cual el hombre inocente conoció abiertamente las cosas que, después de la Caída, se le ocultaron⁴.

Hay ciertas instancias experimentales en las cuales el concepto de nueva creación alcanza su concreción más genuina, en cuanto extreman la posibilidad de la acción humana de descubrir lo más oculto en la naturaleza. Bacon sostiene que el hombre es el señor de los movimientos violentos más que de cualquier otro tipo de movimiento (NO, 350). Lamentablemente, no define con claridad el significado de "movimiento violento" en

este contexto. Por un lado, en varios pasajes de su obra niega la distinción aristotélica entre movimiento natural y movimiento violento, puesto que en verdad todo movimiento violento es natural en cuanto se trata de 'una causa eficiente ^externa que hace actuar a la naturaleza de una manera distinta que la acostumbrada'. Sin embargo, plantea el señorío del hombre respecto del movimiento violento en instancias experimentación. Allí emparenta la violencia con el movimiento de compresión ejecutado en la pulverización, presión o machacamiento, o también lo asimila a los fuertes golpes de martillo y la succión (NO, 349; 312⁷. 4). El común denominador de estos movimientos aparentemente reside en la intensidad de su fuerza, mucho mayor a la de otros movimientos más suaves y lentos. Los efectos del movimiento violento, el mejor dominado por el hombre, se alcanzarían en menor tiempo que los de los otros movimientos. Al parecer esta peculiaridad de la violencia se concilia con la opinión baconiana de que la potencia humana tiene la prerrogativa de acelerar los movimientos de la naturaleza y con su habitual caracterización de la experimentación *como vexatio* de la naturaleza. De ahí, podemos arribar a la imprecisa y primitiva noción de movimiento violento como cierta acción que se realiza con gran fuerza sobre la naturaleza.

Mediante la violencia experimental, el hombre puede alterar transitoriamente la naturaleza de una cosa. Así, movimientos violentos tienen poder (*valere*) sobre el movimiento local (como sucede en los proyectiles), y sobre la destrucción de cuerpos orgánicos o de máquinas, sobre la destrucción de las virtudes que dependen del movimiento y de las que dependen de la posición de las partículas del cuerpo. Así por ejemplo el color es una virtud que depende de la posición de las partículas⁶; mediante un proceso de pulverización, considerado por Bacon como una clase de violencia, es posible destruir el color de un trozo de ámbar que al ser pulverizado mostrará otro color. Sin embargo, los efectos de la pulverización y las otras violencias citadas quedan reducidos a cierto período: "ya que los cuerpos no adquieren una consistencia constante y estable, sino transitoria y pujante siempre por liberarse y tornar a su estado anterior" (NO, 349).

Ahora bien, el propósito de Bacon es transformar una naturaleza no sólo transitoria sino permanentemente ya que estima que ello sería un gran beneficio, obtenible mediante movimientos violentos. Habida cuenta del señorío humano sobre los movimientos violentos, alberga la esperanza de que en cuerpos de estructura atómica homogénea, algunos de estos movimientos artificiales puedan modificar permanentemente la naturaleza. Por ello, aventura que operando mediante otro tipo de "violencias" sobre cuerpos homogéneos como el agua, el aire o el aceite se logre una condensación o rarefacción de manera que una vez obtenidas resulten permanentes. Como lo hace habitualmente, Bacon propone efectuar algunas pruebas experimentales para comprobar si es posible que el agua adquiriera un estado de condensación constante

(NO, 349-50).

Así, la nueva creación es fruto de una sagaz interpretación que conducirá a descubrir lo más oculto de la naturaleza ocasionando un gran beneficio para la humanidad. En efecto, bajo una mera "anticipación" superficial de las virtudes que se congregan en el agua, no aparece en absoluto su capacidad de convertirse en un elemento permanentemente condensado. Sin embargo, esto es posible cuando el Ministro de la Naturaleza indaga más allá de lo aparente y no se vale de apresuradas anticipaciones. Los cuerpos uniformes (de estructuras atómicas homogéneas) pueden sufrir condensaciones o rarefacciones violentas a las cuales "constantes y fijas cambiadas de naturaleza" (NO, 349)⁷.

Pero el dogma no se aplica tan sólo a las obras artificiales que reproducen a las naturales, sino también a aquellas que "crean" nuevas naturalezas. Sin duda, Bacon deseaba transformar la naturaleza del agua al intentar que su condensación fuera permanente. Eso significa que la naturaleza del agua cambiaría para pasar a ser un cuerpo que tiene por naturaleza una condensación permanente que anteriormente no tenía. O más bien, aunque Bacon no llega a decirlo, no sería ya agua sino otra naturaleza distinta merecedora de otro nombre. Esta pretensión baconiana se concilia con su concepción de la nueva creación humana como imitación de lo que está ya contenido y oculto en la naturaleza. El efecto del experimento demiúrgico no es la creación *ex nihilo* de una naturaleza, nueva para el mundo, sino el descubrimiento de una naturaleza, nueva para el hombre, que se puede extraer *ex natura*.

El otro rasgo demiúrgico de la potencia humana que tiene su paralelo en la acción divina, es la prerrogativa de acelerar los procesos naturales. Bacon confía en que alguna vez, mediante un adecuado empleo de los calores y otros medios artificiales, el hombre llegue a reproducir las obras de la naturaleza, perfeccionándola, variándola y abreviando el tiempo requerido en sus procesos (NO, 355). Sin embargo, la aceleración del arte es distinta de la aceleración divina en cuanto que esta reduce a un brevísimo instante la constitución de las especies de la materia mediante el imperativo *Fiat* (W,VI,652). Por su parte el arte humano sólo puede acelerar los procesos de las especies naturales pero nunca sintetizarlos en un imperativo instante experimental.

Sin duda, no es sorprendente que, enmarcada en el pensamiento cristiano como lo estaba, la intención de Bacon no fuera propugnar un poder humano idéntico al divino. Pero eso no significa que su ideal abandone sus ansias de acercamiento a las modalidades de creación divina. Ciertamente, la alta estima que siempre otorgó al pasado más primitivo del hombre, valora al conocimiento adánico prelapsario como la meta científica sublime a ser recuperada por la Gran Restauración. Según Bacon, el poder del hombre declinó como consecuencia de la Caída adánica. Este suceso no sólo

modificó el estado de la ciencia y el poder humanos sino también los procesos de la naturaleza.

Así pues, la historia de la naturaleza misma es determinada por la historia del hombre. Después de la Caída adánica la naturaleza perdió la celeridad de sus procesos tal como fueron impuestos por el Dios creador. La dinámica de la naturaleza postlapsaria con la que debe enfrentarse el científico de la Gran Restauración presenta ambages y rodeos. Pero precisamente el hecho de que existiera en la historia de la naturaleza un periodo durante el cual sus procesos fueron inmediatos, tal como se desprende de las fuentes escriturarias, alienta en Bacon la esperanza de que el hombre mediante su destreza experimental ayude a la naturaleza ahora retardada a acelerar sus procesos recuperando en parte su inmediatez primigenia.

Digamos de paso que en la apelación baconiana a las revelaciones escriturarias sobre los comienzos del mundo, se filtra la que tal vez fue su más auténtica convicción sobre la función de la revelación y su relación con la filosofía. Es manifiesto que su exposición se esfuerza por preservar el teísmo en la especulación natural con el objetivo de dar legalidad ideológica a su *Instauratio Magna* tanto en el plano político como en el plano religioso. El estilo de los escritos de Bacon fecundamente diversificado en aforismos, ensayos, fábulas, etc, se caracteriza por su carácter exhortativo y persuasivo, tendiente a convencer a sus lectores de que la Gran Restauración era buena y posible para la humanidad⁸. Sin duda, Bacon creía y tenía grandes esperanzas en su proyecto y deseaba que no se opusiera a los dogmas del anglicanismo ni a los propósitos de la Corona inglesa. Sin embargo, yo creo que su afán por hacer de los objetivos de la filosofía, de la religión y de la política (al menos de la política Jacobo I), una meta única y común de la humanidad, en ocasiones se enfrentó aunque involuntariamente con la total prescindibilidad de la religión como columna de la *instauratio Magna*. La intención que la religión fuera necesaria para la Restauración en sentido sociológico/práctico, como factor de consenso entre sus protagonistas, y en sentido filosófico/ teórico, como su fundamento, se contraponía a los resultados de su propia reflexión indicadores que el proyecto se podía sostener sin necesidad de recurrir a argumentos revelados⁹.

Cabe agregar que la esperanza baconiana no sólo se funda en los prístinos antecedentes paradisiacos, sino también en los alentadores resultados que las técnicas alquímicas de su época obtenían mediante el uso del calor. En verdad, Bacon fue sumamente crítico con la alquimia. Por un lado, censuró moralmente su carácter elitista y esotérico, que la transformaba 'en un arte reducido a un grupo de místicos iluminados que transmitían a través de un lenguaje enigmático: su caudal de conocimientos, con la finalidad de que no fuera entendido por los legos no iniciados¹⁰. Además esta condena moral, formuló críticas operativas en tanto los alquimistas no usaban un método, sino

que tanteaban los experimentos azarosa, apresurada e irregularmente. Por otra parte, desestimaban por completo la utilidad de la razón para conducir las direcciones experimentales, manera que sólo ponían su atención en calor como instrumento de trabajo. Todo ello con una gran soberbia que generaba exageradas expectativas en elixires y remedios ilusorios totalmente ineficaces¹¹.

Con todo, Bacon nunca dejó de reivindicar sus técnicas para el uso experimental del fuego en la manipulación de la materia y sus procesos. Sostuvo que el calor es un instrumento sumamente valioso para la ciencia, pero que su abuso puede engañar en la experimentación. Por eso, recomienda graduar minuciosamente la intensidad del calor con el fin de evitar ciertos errores cometidos por los propios alquimistas. En efecto, muchas veces atribuyeron materia base, sobre la cual experimentaban, propiedades que en verdad provenían del calor que les habían aplicado, de manera que confundían la sustancia con el calor. Otras veces, aplicaban un fuego tan intenso que destruían las mismas propiedades materiales que procuraban obtener.

Consciente de la mala fama de que gozaba la alquimia en gran parte de los círculos intelectuales de su medio, procuro restaurarla de su dignidad perdida y formular un proyecto de "sana alquimia" cuyo artífice es el hombre en su prerrogativa de acelerar y transformar los procesos naturales¹². Vemos nuevamente entonces que el Ministro de la Naturaleza es definido como un demiurgo actuando en forma paralela al Dios omnipotente.

Citas

1. *The Works of Francis Bacon*, eds. James Spedding, Robert Leslie Ellis y Douglas Denon Heath, 14 vols, Londres 1867/1876, 111, 1-11. En adelante se citara entre paréntesis W, números romanos para indicar volumen y arábigos Para la pagina.
2. *Novum Organum*, en Francis Bacon, *La Gran Restauración*, trad, Miguel Angel Granada, Madrid, 1985, p.183. En adelante se citara NO junto con el número de página.
3. Margolin, ib.
4. Cf. *Works*, I, 209; 111, 264.
5. *Novum Organum*, p. 118; *Works*, V, 299; etc. 6
6. Cf. *Works*, III, 236-239; también cf. 111, 356; 1, 402-405
7. He modificado la lectura de Granada pues a mi juicio no refleja el sentido baconiano del texto latino "quasi mutatae in naturam" Cf. la versión latina en *Works* 1, 521. Por so pane, - Ellis encargado de la ed. estandard, más acertadamente, traduce "to become a kind of nature"; cf. *Works*, IV, 236.
8. ROSSI, op.cit. p.298-314; Lisa Jardine, *Francis Bacon. Discovery and the Art of Discourse*, Cambridge 1974, p.169-248; Briggs, p. 150-174.
9. Charles Whitney, *Francis Bacon and modernity*, New Haven 1986 p. 23- 54., Didier Deleule,

"L'ethique baconienne et l'esprit de la science moderne" en Mal herbe et Pousseur (ed), op.cit., p.53-77.

10. Rossi op.cit. p.76-97

11. Works,III,362; II,80.12

12. Stanton Linden, "Francis Bacon and alchemy: the reformation of Vulcan", *Journal of History of Philosophy* 1974 (XXXV) pp.547-54.